

## El socialismo ayer, hoy y mañana

ENRIQUE SEMO

Quiero felicitar a la Facultad de Filosofía y Letras por este homenaje al siempre joven Adolfo Sánchez Vázquez, y agradecer al doctor Ambrosio Velasco Gómez, director de la Facultad, por su invitación a participar en dicho homenaje. Este recinto se ha distinguido siempre por ser una institución que sabe agradecer el trabajo y la dedicación de sus maestros, sin importar credos ni tendencias.

Conocí al doctor Sánchez Vázquez en los años sesentas, como estudiante de varias de sus materias, y sus clases me ayudaron a darme cuenta que como joven marxista tenía aún mucho que leer y aprender. Así que, como otros mexicanos de mi generación, debo mucho a los intelectuales españoles exiliados que trajeron a México lo mejor de la cultura europea de su tiempo, un compromiso irrestricto con las causas de la lucha contra el fascismo y la emancipación social y, sobre todo, el ejemplo de la congruencia entre sus convicciones y su vida personal.

Sánchez Vázquez es el decano de la filosofía marxista en México. Sus investigaciones lo han llevado a los campos de la estética, la ética, los movimientos sociales contemporáneos y la utopía. Sus traducciones han enriquecido nuestra cultura con el conocimiento de nuevos textos del marxismo. Ha sido siempre un espíritu crítico, incluyendo la crítica de la misma obra de Marx, y su larga trayectoria como maestro y conferencista en eventos internacionales han llevado a la filosofía mexicana a ocupar un lugar de prestigio en el ámbito mundial.

El 8 de diciembre de 1991, hace exactamente catorce años y dos meses, los líderes de Rusia, Ucrania y Bielorusia firmaban un tratado aboliendo la URSS y creando una federación de estados independientes. Poco después, la mayoría de los dirigentes de las otras repúblicas suscribían el acuerdo. Para aquel entonces, después del intento de golpe

de estado provocado por los sectores más conservadores en el mes de agosto, el Partido Comunista de la Unión Soviética ya había sido ilegalizado. El 25 de diciembre del mismo año, Gorbachov renunciaba a la presidencia de la Unión Soviética. La bandera roja de la hoz y el martillo que ondeó sobre el Kremlin durante setenta y cuatro años fue arriada y en su lugar se izó la bandera tricolor de Rusia. Un gran capítulo de la historia del socialismo que se había iniciado en 1917 llegaba a su fin. Un sueño emancipador había fracasado.

Como prueba del papel que jugaba la URSS en el equilibrio mundial, en los años que siguieron todas las corrientes socialistas, incluyendo las que eran profundamente críticas de la Unión Soviética, negando incluso su carácter socialista, perdieron influencia. Con la excepción de algunas islas, el capitalismo en su forma más reaccionaria se impuso en todo el globo terráqueo poniendo incluso en jaque a la socialdemocracia de Europa occidental y su principal creación, el estado del bienestar. La idea del socialismo que atraía a millones de hombres y mujeres perdió su influencia y el vacío fue rápidamente ocupado por la última creación ideológica de los círculos más reaccionarios: el neoliberalismo. Aquí cabe la pregunta, ¿se puede ser un socialista humanista y anticapitalista después del derrumbe de la Unión Soviética?

La desaparición del “socialismo realmente existente” no ha resuelto las contradicciones sociales y culturales del capitalismo que se encuentra también en una encrucijada y está revelando una vez más los horrores de un sistema que sólo puede avanzar sembrando en el camino la guerra la desocupación y la desigualdad extrema. Por eso en los últimos tres lustros han surgido movimientos de resistencia cada vez más fuertes y articulados. La mayoría de ellos no responden al nombre de socialismo y la dispersión ideológica reina en sus filas. Pero la mayoría de ellas confluyen a un centro que es un laboratorio de ideas y de iniciativas que no son ajenas a la esencia del ideario socialista. Este centro es el Foro Mundial de Porto Alegre, en dónde coinciden periódicamente organizaciones, movimientos e intelectuales que cuestionan el proceso de globalización actual dominado por las transnacionales. Porto Alegre se ha transformado en el punto geográfico de referencia de un nuevo internacionalismo que se construye permanentemente en las redes de internet a través de las cuales se definen coincidencias y diferencias,

se impulsan movilizaciones y se da vida a grandes actos de protesta contra la Cumbre de Davos y sus similares desde Seattle a Génova, y contra la guerra de Irak desde Londres a Calcuta, siempre inspirados por el lema del movimiento zapatista, “avanzar, cuestionando”. Sin buscar prematuramente la constitución de una identidad única ni de una organización mundial, se discuten problemas viejos y nuevos del movimiento anticapitalista: reforma o revolución en las actitudes hacia los organismos económicos internacionales; conflictos y coincidencias entre la clase obrera de los países desarrollados y la del Tercer Mundo en una época de globalización; la relación entre los valores occidentales y los valores de otras culturas en el esfuerzo de construir la democracia y la tolerancia a nivel mundial; el encuentro entre plataformas políticas que tienen una base geopolítica local, nacional o global, y las posibilidades y limitaciones de cada uno de esos movimientos. En el año 2005 no es necesario llamarse socialista o comunista para militar en movimientos que enarbolan los ideales que se cobijaron bajo estos nombres durante siglo y medio. Sucedió en el pasado y puede volver a suceder hoy, las ideas de la justicia social, el igualitarismo y la utopía emancipadora no necesitan un apellido que termina con ismo para prosperar.

El concepto de socialismo surgió, en términos braudelianos, hace poco, entre los años 1825 y 1832 del siglo XIX, y adquirió inmediatamente varios sentidos contradictorios: en noviembre de 1827 la revista inglesa *Co-operative Magazine*, fundada por un grupo de Owenistas, usó el concepto para designar a los seguidores de la doctrina de Saint Simon en Francia. Más tarde, Paul Leroux sostuvo que tomándolo de Inglaterra introducía “este neologismo necesario” a Francia para oponerlo al individualismo. En efecto, el concepto aparece en *El Globo*, revista saintsimoniana, dirigida por el mismo Leroux. En Alemania, su introductor fue Moses Hess, quien en los años cuarentas se hizo el propagandista principal de las nuevas doctrinas inglesas y francesas. Y durante su colaboración en la *Gazeta Rhenana* se empeña a convertir a sus amigos, Marx y Engels, al nuevo ideario.

Lo mismo sucede con el concepto comunismo, que es más tardío todavía. Aparece probablemente por primera vez en la obra de Cabet en 1840 para subrayar la necesidad de abolir primero la sociedad actual para poder construir una nueva. Ya en 1842 aparece el libro de Von

Stein, *El socialismo y el comunismo en la Francia actual*, en el cual el concepto de comunismo se refiere esencialmente a la comunidad de bienes y se populariza en el seno de los círculos obreros alemanes.<sup>1</sup> Marx y Engels, cuya preocupación es ligar la teoría y la utopía a la práctica del movimiento, lo usan en los *Manuscritos de 1844* como sinónimo del movimiento que se propone la abolición de la propiedad privada. Ya el famoso panfleto de 1848 llevará el nombre de *Manifiesto comunista*, y prueba de la diversidad de concepciones y grupos que se cobijan bajo esos dos nombres es la crítica detallada que en el último capítulo hacen los dos autores de cada uno de ellos, deslindándose cuidadosamente.

Pero las investigaciones realizadas hasta hoy nos permiten afirmar con toda certeza que la evolución de algunas de sus ideas principales fue muy anterior al surgimiento de los conceptos socialismo y comunismo. “La idea de socialismo —dice Sánchez Vázquez— es casi tan vieja como la injusticia social”.<sup>2</sup> Estamos ante una tradición filosófica y social que se remonta a épocas muy anteriores. Cuando surge el socialismo moderno, específicamente anticapitalista, a principios del siglo XIX, encuentra ya un terreno profusamente abonado en la filosofía y la iconografía popular.

Ya en la antigüedad hubo precursores igualitarios y utópicos tanto en Oriente como en Occidente. El renacimiento produjo utopías visionarias como las de Tomas Moro y Tomaso Campanella, que parten ambas de la crítica de las instituciones de su tiempo para elaborar la visión de una sociedad en la cual el pauperismo y las injusticias han desaparecido. La influencia de la primera llegó incluso pronto a América como proyecto práctico en los trabajos de Vasco de Quiroga con los indígenas de Michoacán.

En otro contexto, la rebelión campesina en Alemania a principios del siglo XVI se inspira en las ideas revolucionarias de un discípulo disidente de Lutero, Tomas Múntzer, que basándose en argumentos

<sup>1</sup> Labica-Bensusan Dictionaire critique du marxisme *Quadrige-Puf*, París, 1999, pp. 1063-1069.

<sup>2</sup> Adolfo Sánchez Vázquez, “Reexamen de la vida del socialismo”, en *El valor del socialismo*, México, Itaca, 2000, p. 87.

teológicos rigurosos llama a la construcción del paraíso en la tierra y en el presente: un mundo comunitario e igualitario, en el cual cada quien recibiría de acuerdo con sus necesidades. Para acelerar su advenimiento llama a los pobres a tomar las armas contra sus amos feudales.

En los siglos XIX y XX, ya con nombre y apellido, el socialismo fue un movimiento multitudinario que produjo corrientes muy diferentes. El pensamiento socialista se transformó en una de las grandes componentes de la cultura moderna y contemporánea. Por eso, quienes creen que su historia termina en 1991, se equivocan. A pesar de las grandes derrotas de esa época es imposible eliminar un cuerpo de ideas, un pensamiento político, una tradición de lucha, expresiones artísticas y literarias maravillosas, que han existido durante siglos y que no van a evaporarse como por arte de magia después de la derrota de un ensayo de construcción de una sociedad socialista, por más aplastante que ésta haya sido.

Quiérase o no, el capitalismo crea sus anticuerpos y éstos se vuelven socialismo o anarquismo o comunismo o feminismo o ecologismo que se entrelazan y frecuentemente se completan. Los excesos del mercado, las privatizaciones y la acumulación del capital, tarde o temprano volverán a reanudar los hilos que unen a los rebeldes del presente a su rico pasado. Lo más probable es que los socialismos y los comunismos del siglo XXI sean muy diferentes a los de los dos siglos anteriores, puesto que vivimos otra realidad, pero eso no cancela los rasgos de continuidad crítica y asimilativa a la vez, de un pensamiento que se ha nutrido en el pasado y se nutre hoy, de la gran idea de que un mundo mejor que el capitalista es posible.

Yo quisiera tratar de aportar algunas reflexiones a dos temas que van a ocupar a los historiadores y a los militantes durante muchas décadas por venir. 1. ¿Qué tipo de sociedad fue la soviética y la de los países que se inspiraron en ella para construir lo que creían era el socialismo? 2. ¿Qué papel jugó en la historia?

No pretendo construir una nueva teoría que caracterice el sistema soviético. Las críticas de izquierda se iniciaron desde los primeros años que siguieron a la revolución de 1917 y Adolfo Sánchez Vázquez ha analizado algunas de las existentes en su obra. Mientras los enemigos del socialismo le aplicaban con entusiasmo los nombres de socialismo

o comunismo para desprestigiar a estos términos, los críticos de izquierda lo llamaron, sucesivamente, *Estado obrero degenerado* (Trotsky), *capitalismo de Estado* (Tony Cliff), *estatismo* (Branko Horwath), *vía no capitalista a la industrialización* (Rudolph Bahro), *socialismo realmente existente* para explicar cómo un experimento en la construcción del socialismo terminó siendo una sociedad que no era capitalista, pero tampoco socialista. Voy por lo contrario a centrarme en algunos aspectos de la historia que nos permitan impulsar nuestro análisis de esos países y el papel que jugaron.

1. Ante todo, debemos y podemos construir nuevos criterios para imaginar la sociedad socialista y las vías de su construcción. La obra de Marx es, sobre todo, una crítica del capitalismo. Al contrario de los socialistas utópicos se abstuvo de elaborar esquemas detallados y manuales sobre la sociedad del futuro, aun cuando encontramos apuntes filosóficos, tesis económicas e intuiciones políticas muy importantes y esclarecedoras. Pero todas ellas llevan como premisa implícita que la revolución se realizaría en un país capitalista desarrollado y su sujeto sería el proletariado, lo que en aquel entonces era sinónimo de clase obrera industrial. Y esa prognosis no se cumplió una sola vez en ciento cincuenta años, quizá con la excepción de la Comuna de París. La clase obrera de los países plenamente industrializados demostró ser una clase reformista. En cambio apareció por primera vez en un país extremadamente atrasado en el cual las relaciones capitalistas no eran aun dominantes y los espacios del modo de producción asiático y el feudalismo eran muy extensos. No produjo socialismo, pero sí un experimento social de vastas proporciones y de impacto universal.

Ahora nuestro punto de partida es infinitamente más sólido. Tenemos las ricas experiencias, negativas y positivas del intento de construir el socialismo en catorce países cuyo nivel de desarrollo va desde Alemania del Este hasta la República Popular de China y que nos ofrecen enseñanzas muy importantes para construir los principios de la sociedad en la cual el imperativo categórico de todos los socialistas, utópicos o marxistas, de acabar con toda relación en la cual el ser humano sea desvalido, humillado, avasallado, envilecido, pueda ser hecha realidad. Y esto nos permite rescatar, corregir o superar las tesis de Marx. El advenimiento de

una nueva sociedad más igualitaria y justa no es inevitable, pero puede producirse y, entonces, contará con orientaciones mucho más claras que las que tuvieron los revolucionarios rusos en la década de los veinte.

La cuestión de si las sociedades estatistas eran o no socialistas está ya, teóricamente, zanjada. Evidentemente no lo eran, pero sí fueron sociedades no capitalistas. Hoy la pregunta es qué nos pueden enseñar sobre las posibilidades y el futuro de una civilización socialista, no sólo la experiencia de la URSS, sino también los diferentes modelos adoptados por los otros países del socialismo real, entre ellos el yugoslavo, el húngaro y el chino. ¿Pero si desde la década de los treinta era claro que la URSS no era comunista, por qué en todo el mundo millones de personas siguieron creyendo en ello durante cincuenta años más? Primero porque sus líderes nunca dejaron de presentarla como tal y los enemigos del comunismo también. Segundo, porque la sociedad soviética siguió protagonizando grandes hazañas y sembrando esperanzas de cambio como fueron los éxitos de los primeros planes quinquenales mientras el capitalismo se hallaba hundido en la gran depresión de los años treinta, su participación decisiva en la gran guerra contra el fascismo, la vigorosa recuperación económica de los años 1950-1970 y el intento de Krouschov de introducir reformas importantes, incluyendo elementos de una economía de mercado y, políticamente, la liberalización y el cese de las represiones estalinistas. En el Tercer Mundo, incluso, la vía de la industrialización no capitalista, aun cuando no fuera socialismo, tuvo grandes atractivos.

2. La historia de la URSS pasó por tres etapas distintas. No todo fue estalinismo:

Existían en los primeros años de la Revolución —escribe Sánchez Vázquez en 1984— otras posibilidades distintas de las que se realizaron y por las que lucharon en diferentes formas dentro y fuera del Partido, importantes sectores revolucionarios... Pero lo cierto es que entre las diversas posibilidades que estaban en juego y en abierta pugna, la que se realizó, desde el estalinismo, es la que habría de culminar en el socialismo “real”.<sup>3</sup>

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 99.

Esta era de “posibilidades” que terminó en los años treinta es la primera etapa de la revolución. La segunda etapa se inicia con la puesta al día del modelo estaliniano que sobreviviría en forma íntegra, prácticamente hasta la llegada de Gorbachov y los reformadores en 1985. Ese modelo puede resumirse en los siguientes rasgos: el monopolio del poder en las manos del jefe de jefes, respaldado por la policía secreta. Un sistema económico totalmente controlado por el estado, planificado desde el centro por medidas de orden y mando. Exclusión del pueblo de la participación en política y en la propiedad económica. Control de todos los aspectos de la vida cultural y medios públicos de comunicación. Una actitud beligerante y excesivamente competitiva hacia el mundo no comunista. El modelo comenzó a ponerse en marcha, con los dos primeros planes quinquenales y la sustitución a todos los niveles de los comunistas ingresados antes o durante la Revolución, por burócratas fieles a Stalin —que era llamado en aquellos años el “Secretario Expediente”, porque elegía y palmeaba cuidadosamente cada uno y todos los miles de candidatos a puestos de dirección altos y medios.

La tercera etapa fue mucho más breve y cubrió los años 1985-1991. Desde mediados de la década de los setenta la situación económica era muy grave. No sólo se habían reducido las tasas de crecimiento, sino que se presentaban serios problemas de abastecimiento de productos básicos y de los servicios que ofrecía el Estado. Más tarde, Gorbachov declaró: “Cuando me encontré a la cabeza del Estado, pronto me di cuenta que algo grave pasaba con el país... Estábamos viviendo mucho peor que la gente en los países industrializados y la distancia que nos separaba de ellos crecía”. La razón era bastante obvia: el país se sofocaba bajo las cadenas del sistema de mando burocrático y estaba condenado a someterse a una ideología que frenaba el cambio, y el peso del armamentismo se encontraba en el punto de ruptura. “Los primeros años fueron dedicados casi exclusivamente a la reforma económica, (*perestroika*) y produjo una gran resistencia en la burocracia”. A la resistencia, Gorbachov respondió radicalizando las reformas.

Después del desastre de Chernobyl, en abril de 1986, se inició la segunda etapa de la reforma, *glasnost* (“apertura”, “liberalización” “transparencia”). Esto aumentó aún más la resistencia. Según muchos observadores, la burocracia no se daba cuenta que estaba enfrentando



un desastre de grandes proporciones. Los primeros apoyos vinieron de los medios de difusión, los intelectuales y los maestros. Se comenzaron a publicar libros, rescatar películas y escribir artículos sobre el pasado estalinista que hubieran sido imposibles hacía un año. Zacharov fue liberado de su exilio en Gorki y transformado en figura pública. En forma discreta se reivindicó a Krushchov. Gorbachov intentó democratizar el partido haciendo que los miembros del Comité Central fueran realmente electos por la base, pero fue derrotado. Hacia 1987 existía ya un equilibrio entre las fuerzas reformistas y los conservadores.

Para que nos demos cuenta de la profundidad del movimiento reformista y la violenta resistencia que produjo, podemos recurrir a los discursos en lo que se transformaría en el último Congreso del Partido Comunista de la URSS el 2 de julio de 1990. En su informe, Gorbachov declaró: “El modelo estalinista de socialismo está siendo reemplazado por una sociedad civil de gente libre... Relaciones de producción que servían de fuente para la alienación de la gente trabajadora de la propiedad de los medios de producción y los frutos de su trabajo están siendo desmantelados y se están creando condiciones para la libre competencia entre productores socialistas”. El director de la Comisión de Reforma Económica fue más lejos aún. Sostuvo que la opción socialista está perdiendo su apoyo entre la mayoría de la población. “Existen —dijo— no uno, sino varios modelos de socialismo. La derrota de uno de los modelos no significa el colapso de la idea y los principios del socialismo”. Y Alexander Yakovlev, el arquitecto de la Perestroika, dijo:

Debemos comprender claramente que no era socialismo lo que estábamos construyendo, y que nuestra sociedad no era socialista. De otra manera, tendríamos que reconocer que una sociedad en la cual los problemas de la alimentación no estaban resueltos, el problema de la habitación no estaba resuelto, una sociedad que carece de las instituciones de un estado basado en el derecho pueda ser llamada una sociedad socialista. Finalmente una sociedad no puede ser considerada socialista si la persona trabajadora está alienada de la propiedad y del poder económico y político.<sup>4</sup>

<sup>4</sup> Robert V. Daniels, *The End of the Communist Revolution* Routledge, Londres / Nueva York, 1993, pp. 167-189.

Sabemos cómo terminó el intento de reforma que se proponía crear un socialismo con cara humana en la URSS. Sabemos también que no fue el primero. En 1956 se presentó en Hungría, en 1968 había sucedido algo similar en Checoslovaquia y en 1980 en Polonia. No podemos aquí discutir las causas de las derrotas y la inesperada rapidez del derrumbe general,<sup>5</sup> pero quisiera terminar sosteniendo que el fracaso de un intento de construir socialismo no significa que intentos futuros deben de terminar también en fracaso.

3. Para responder a la segunda pregunta debemos comenzar con una analogía entre el desarrollo del modo de producción capitalista y el modo de producción socialista. El capitalismo se hizo sistema dominante a principios del siglo XIX en Europa occidental. Para llegar a este punto había pasado por innumerables intentos que terminaron en fracasos parciales o totales.

En los siglos XII y XIII el Viejo Mundo comenzó a integrarse en una red comercial y financiera de la cual todos se beneficiaron. Para inicios del siglo XIV incluso China y Europa estaban integrados. El comercio creó una gran variedad de comunidades comerciales. En Flandes florecía una importante industria textil y Florencia, Venecia y Génova también eran importantes ciudades manufactureras. Pero para finales del siglo XIV, todo eso concluyó en una prolongada decadencia. Un siglo más tarde, España parecía lista para el despegue capitalista y para principios del siglo XVII éste había abortado. En un proceso acumulativo, varios intentos tempranos fueron necesarios para desembocar en la revolución industrial.

¿Por qué debemos esperar que el socialismo triunfe al primer intento? Habrá otros, y su éxito si bien no esta asegurado, tampoco está excluido. No quiero decir que debemos esperar quinientos años más. El capitalismo ha desarrollado fuerzas destructivas que hacen del principio *socialismo o barbarie* una disyuntiva siempre real. Pero los nuevos ensayos para construir una sociedad igualitaria y justa forman parte de la naturaleza misma de la historia. Lo que si estoy seguro es que estamos al principio y no al final de un proceso.

<sup>5</sup> Véase, sobre esos temas, Walter Laguens, *The Dream that Failed, Reflections on the Soviet Union*, Oxford / Nueva York, Oxford University Press, 1994.